

Dicen que con una sola ala no se vuela. Este libro está de acuerdo: hace falta encontrar la otra.

Ojalá alguna página te dé ganas de volver a agarrar los pinceles.

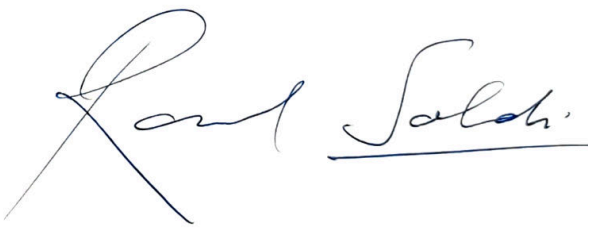
Sin apuro, cuando lo sientas.

SYRIA
POLETTI
RAUL
SOLDI



Amor de Alas

Amor de alas



A Dora Fornaciari
a sus poemas
a su ángel

Este libro fue un sueño de alguien que guardaba un ala hacia adentro: Luis Alfonso, alma de "La Ciudad".

Su sueño era publicar libros que dieran alas al país, alas a la poesía.

Un día quiso remontar vuelo sin esperar la aparición del libro que él había proyectado con largo desvelo.
Sólo fue una interrupción.

Hoy, "Amor de alas" va al encuentro de Luis Alfonso, con el emocionado homenaje de quienes a él lo dedican:

Betty Alfonso, su "otra ala"; Syria Poletti y Raúl Soldi, que continuan así, con él, el diálogo sin palabras; y Horacio Gaglianone, el que convirtió el sueño en realidad.

Una vez nació un ángel con una sola ala.

No es que se le hubiese roto o estropeado un ala. No tenía un ala más corta y otra más larga. Sencillamente, él había nacido con una sola ala, colocada en la mitad de la espalda.

Los ángeles no tienen padres. Nacen de Dios, con un batir de palmas no bien El los nombra. La palabra de Dios les da vida. Nacen bellos, rubios o morenos, con pelo lacio o ensortijado, con arpas y clarines, pero siempre con dos alas. Algunos permanecen siempre niños y van por el espacio cantando en coro. Otros crecen y se convierten en jóvenes hermosos. A veces, descienden a la tierra como mensajeros o exploradores. Cumplen esas misiones secretas cuyo plan solamente Dios conoce. Nunca envejecen. Tienen los años-luz del universo.

Muchos seres terrestres han visto a los ángeles de cerca, como lo afirman los libros sagrados. Otros los ven en sus visiones, cuando inventan música, pintan o escriben poemas. Y, por supuesto, los chicos, cuando sueñan. O las madres cuando ruegan por el bien de los hijos. O los santos. Pero nadie jamás vio, ni imaginó a un ángel con una sola ala.

Hay historias de criaturas aladas que descendieron a la Tierra para anunciar la llegada del Niño-Dios. Y existen pruebas de que a nuestro planeta llegaron seres extraterrestres, alados o no, pero nunca se vio a nadie con una sola ala, ni siquiera un pájaro.

Los ángeles vuelan entre las galaxias, que son muchedumbres de estrellas. Y

vuelan porque tienen alas. Son como seres humanos y aves a la vez cuya alma, para nosotros, es un misterio. Pero son ingrávidos, flotan y pueden permanecer suspendidos en cualquier espacio, sin caerse a ninguna parte. Viven en un mundo de júbilo. Tal vez porque pueden ver a Dios y presenciar el nacimiento de los astros. O tal vez porque saben cómo se creó el universo y tantos otros prodigios. Por ejemplo, han de saber por qué los soles nacen y mueren. O cómo hacen los caracolitos de mar para inventar sus maravillosas casitas-caracolas o las aves para orientar sus vuelos. Deben saber qué extraño radar ocultan los delfines para comunicarse a la distancia.

Además, los ángeles han de ser felices porque volar entre soles y polvo de estrellas es fascinante. Y, a lo mejor, entre las luminosas espirales de astros, ellos pueden vislumbrar esa misteriosa pupila de Dios que todo lo hizo.

Pero un ángel con una sola ala no puede volar. No puede trasladarse de una galaxia a otra. No puede bucear en el infinito ni conocer el origen del agua o de la piedra. Y esto fue lo que le sucedió al ángel recién salido de la palabra que Dios pronunció al batir palmas. Un ángel muy bonito, rubio oro, ojos celestes veteados de sol, pero con una sola ala, pequeñita, muy pequeñita, como un muñón o como un plumoncito.

En los primeros días, nadie pensó que el hecho sería tan serio. Ni siquiera Doriel, que así se llamaba el ángel unialado. Jugaba con los otros ángeles niños. Reía y aprendía a cantar. Pero también quería volar como ellos. Saltaba, se columpiaba, ensayaba, agitaba su ala, pero sin remontar vuelo. Entonces se quedaba quieto, alicaído, lleno de timidez y de confusión. Sentía como una culpa.



Un ángel de la guarda, de regreso de la Tierra, dijo con voz de doctor:

—Doriel es muy chico todavía para volar por sí mismo. Es como un pichoncito. Ya le saldrá la otra ala, así como a los niños les salen los dientes. Entonces podrá volar.

—O tal vez deberás cumplir una misión distinta —reflexionó el ángel Mayor—. Espera.

Doriel esperó.

Ansiosamente esperó la aparición de su ala. Pensaba que un ángel es ángel sólo cuando logra volar, porque es como una onda sonora tendida entre Dios y los hombres.

Así conoció la trémula incertidumbre de las esperas.

Pasaron las luminosas primaveras del cielo, que son como una danza resplandeciente de nuevas constelaciones en rotación.

Doriel creció. Y con él creció el ala, su única ala, suave, translúcida, hermosísima. La abría, la desplegaba, la mecía ... Y movía también los brazos, las manos, los dedos. Ondulaba, danzaba, saltaba, pero no lograba emprender vuelo.

El ángel Mayor, preocupado por el desvelo de Doriel, le decía:

—Cuídate, Doriel, y espera. No puedes salir de la órbita celeste porque la fuerza de atracción de las galaxias o de los abismos negros te succionaría como un hilito de hierba. Y tú eres un ángel.

—Quiero volar —insistía Doriel—. Quiero conocer la Tierra.



—Tú no puedes volar, Doriel. Te falta un ala. Los ángeles te llevarán por las inmensidades del cosmos en silla de oro. Y verás los soles con sus planetas.

Doriel se sentía mortificado por su incapacidad de vuelo. Además, se creía feo por esa ala única, singular, que se erguía inútilmente en el centro de la espalda. Algo inservible y raro. Era como uno de esos defectos molestos que todos miran con curiosidad y un poco de reproche, como si el que los padece tuviera la culpa de esos fenómenos. Se sentía como marginado.

Claro, los ángeles son ángeles y a Doriel todos lo querían ayudar. Le enseñaban a sobrevolar entre satélites, a cruzar entre nebulosas incandescentes, a sortear rumbos en el flujo de radiaciones solares. Pero todo era en vano: siempre debían sostenerlo porque a Doriel, por mucho que se esforzara, le era imposible alzar vuelo fuera de la bóveda celeste en la que flotaba.

Con el rodar de los soles, los ángeles le enseñaron a cantar, a tocar el violín, a calcular la aparición de los cometas, a irradiar colores irisados sobre los horizontes, a predecir el súbito estallido de una estrella, a deducir la procedencia de las naves intergalácticas, a deleitarse con las vertiginosas lluvias de meteoritos que cruzan la inmensidad, a conocer los pozos que perforan el espacio como agujeros negros y las inconcebibles formas que adopta el infinito.

Pero Doriel quería volar. Y es que, en el fondo, Doriel, nacido de Dios, quería volar para comunicarse con los habitantes de los planetas que giran alrededor de los astros. Porque Doriel, si bien vivía rodeado por un coro de ángeles, en

una atmósfera bañada por la luz que emitía la pupila de Dios, sentía la necesidad de alcanzar la Tierra, donde quizá los habitantes no recibieran las señales que conectan a todas las criaturas del orbe con la música de las esferas.

Cuando no jugaba, pensaba las cosas que piensan los ángeles. Se preguntaba:

—¿Cómo exploraré las galaxias a la velocidad de la luz? ¿Cómo enviaré señales a los habitantes del Cosmos para que no se sientan aislados? ¿Y cómo cuidaré de los niños del planeta Tierra si no puedo volar? Los terrestres, como no poseen alas, desconocen el derrotero de la vida. No saben que en su interior guardan memoria de las alas. Y en esa ignorancia, les pueden ocurrir muchas desgracias. Por ejemplo, olvidarse de cultivar un árbol, un malvón ...

Y así Doriel pensó que debía alcanzar la Tierra antes de que sucediese esa catástrofe; antes de que ya no hubiese tiempo ni lugar para cultivar un pensamiento, esa violeta de primavera. Era urgente transmitir a los hombres la certeza del cielo. Pero, ¿cómo atravesar la inmensidad y alcanzar la órbita terrestre sin saber volar?

En el aislamiento en que a veces se encontraba por su pasión de vuelo, Doriel se decía:

—Yo he salido de las manos de Dios con una sola ala. Debe existir una razón para este hecho incomprensible. ¿Dónde estará mi otra ala? ¿En el corazón de Dios o errando en el infinito? ¿Cómo percibir sus latidos?

Pasaron los radiantes veranos del cielo, que son como explosiones de soles que ascienden rotando en deslumbrante espiral. Y Doriel se convenció de que

jamás podría volar. No sólo su espalda estaba estropeada por culpa de su ala inútil, sino también su vida de ser creado para comunicar el lenguaje del infinito. Y se decía:

—¿Qué sentido tiene un ángel si no puede ser mensajero o custodio? ¿Cómo podré cumplir con la misión de asistir a un niño? Debo aterrizar. Debo saber cómo los hombres pueden vivir sin alas. Tal vez las añoran. Tal vez en la tierra conoceré mi destino. Debo ir.

Y un día en que una gigantesca nube de polvo cósmico cruzó cerca de él, Doriel resolvió llevar a cabo su propósito. Plegó su ala y se dejó deslizar sobre un colchón de bruma espesa. Era como flotar sobre un océano espumoso. Las nubes se desplazaban por la inmensidad balanceándose. A lo lejos, Doriel vio caer una lluvia de meteoritos relucientes. La nube se fue acercando a nuestra galaxia. Vio nacer nuevas estrellas. El Cosmos era deslumbrante y le dolía dejarlo. Vaciló un poco. Flotó en una suspensión de burbujas solares y pensó:

—Debo hallar una razón para haber nacido con una sola ala. Y si no pudiera ayudar a los humanos, que tienen borrada la memoria del cielo, la ausencia de mi otra ala me hará muy desdichado.

La nube de polvo siguió desplazándose y Doriel se alarmó al aproximarse a la órbita de la Tierra y penetrar en las capas altas de la atmósfera. Por primera vez sintió la gravitación terrestre, un malestar desconocido para él, casi una angustia. Experimentó el peso de su cuerpo: sintió que iba cayendo al vacío. Por suerte, la espesa masa de polvo sobre la que flotaba se inclinó sobre las



capas de nubes que sobrevuelan la atmósfera y al fin, entre deslizamientos y sobresaltos, logró aterrizar en nuestro planeta sin hacerse demasiado daño.

Doriel parpadeó y, asombrado, se vio asido a la copa de un árbol, ante un horizonte de mar y sierras. Lo ayudaron, para no caer, no sólo su ala, sino su larga túnica que en el descenso se desplegaba e inflaba como un paracaídas.

Desde la copa del árbol, Doriel miró fascinado la insólita belleza de la Tierra. Estaba en un lugar elevado, muy verde y ondulante. Era un cerro. Desde ahí el panorama era espléndido. A lo lejos, azulísimo, el Océano Pacífico; más cerca, una franja sinuosa de tierra con playas y lomas. Vislumbró también, a la distancia, las praderas, las sierras, el Gran Cañón y muy, muy cerca, una ciudad enorme, achaparrada, neblinosa, erizada de rascacielos y cruzada por autopistas: "Los Angeles", la ciudad a la que lo había aproximado su recóndito itinerario de cosmonauta.

"Los Angeles", leyó en los carteles que señalaban las rutas.

¿Los Angeles? Pensó que en esa ciudad los terrestres tal vez serían mitad hombres y mitad ángeles. Tal vez tendrían una sola ala, como él. En cambio, comprobó con desaliento que no poseían ninguna ala. Ningunísima. Sin embargo, sabían elevarse y cruzar el aire encerrados en máquinas voladoras y sabían cubrir largas distancias corriendo en otras máquinas en filas interminables. Un hormigueo incesante. Todos andaban en máquinas, como si no tuviesen piernas. Vio los rascacielos con las incontables ventanas. Y pensó enterne-



cido: ¡Cuántos nidos construyen los hombres para vivir! Nidos superpuestos —reflexionó—, la tierra ya no les alcanza. Se tocó el ala como si buscara a otro ser para comunicarle su desazón. Sintió la necesidad de sonreír a alguien.

Descendió del árbol envuelto en su larga túnica vaporosa y comenzó a caminar descalzo, hasta que los pies le dolieron. Siguió andando. Atravesaba lomas que serpenteaban junto al mar entre arena y cultivos. La gente transitaba casi siempre en coches. Todos parecían apuradísimos, ocupadísimos, de modo que nadie se sorprendió demasiado por su vestimenta y ni siquiera por su increíble ala, tan a la vista. Tal vez debieron creerlo un actor de cine, por la proximidad de Hollywood. O tal vez pensaron que era uno de los célebres personajes de Disneylandia.

Pero al acercarse al cinturón de ciudades satélites que forman "Los Angeles", comenzó a ver gente de a pie. Y encontró a muchos niños, rubios y morenos, que miraban con insistencia y extrañeza su única ala y su vestimenta. Ellos no se explicaban la naturaleza de alquien que no era ni un ser humano ni un ángel. Doriel les sonreía, pero ellos lo miraban mal, con incredulidad, con burla y casi con reproche.

Era diferente de ellos.

—¿Por qué llevas puesta esa ala de pájaro? —le preguntaban, manteniéndose a prudente distancia.

—¿Tienes un disfraz o eres un fenómeno?

—Si eres un ángel, empieza a volar. Vamos —insistían.

En el cielo, Doriel estaba acostumbrado a atraer las miradas por el encanto de sus pensamientos. Los ángeles sabían que era uno de ellos, el más alegre e imaginativo; sólo que no podía volar como ellos. Lo amaban. En cambio, los chicos de la Tierra lo miraban con desdeñoso asombro, con sorna y cierta crueldad. Se reían de él porque era diferente. Le sobraba algo. O le faltaba algo. No podían convencerse de que fuera un ángel. Y a ninguno le hubiese interesado tenerlo por ángel de la guarda, porque, en caso de peligro, hubiese resultado más un estorbo que una ayuda. Creían que sólo los tarzanes convienen como amigos.

Doriel advirtió que debía disimular su ala si no quería asustar o molestar a la gente. Debía vestirse como ellos.

Comenzó a trabajar. Le encantaba cuidar jardines o lavar coches. Con ese dinero vivía y compraba su ropa. De noche corría a acostarse junto al mar, para sentirse más cerca de las estrellas. En vano intentaba esconder su ala, tan plumosa, colocándose camisetas, camperas, impermeables. Siempre se le notaba ese algo raro.

Por eso los chicos, al verlo, decían:

—Como ángel no sirve porque no puede volar.

—Ni siquiera tiene un traje espacial —observó muy serio un hijo de japo-

—Tampoco puede usar los puños —advirtió un negrito—, porque los ángeles no emplean la violencia.

—Y como amigo yo no lo quisiera —dijo un rubio redondito—, porque no se sabe qué es. Además, es feo, es ridículo con esa ala toda encogida como una joroba y con esas plumas que le sobresalen del cuello.

—Es un adefesio.

Doriel se alejaba, mortificado.

También quienes le encargaban tareas lo hacían con cierto recelo. No lo creían capaz por esa ala de pájaro. Luego se quedaban pasmados porque Doriel podía cumplir cualquier tarea; hablaba cualquier idioma, como si todo lo hubiese sabido desde siempre, como si alguna vez hubiese pertenecido a la raza de los hombres, de todos los hombres. Además podía flotar. Veía a través de las paredes. Sabía la hora sin consultar ningún reloj. Leía el pensamiento. Y sabía orientarse en cualquier sitio, como si en él estuviese grabado el calendario que rige el movimiento de los astros.

Así Doriel se dio cuenta de que él sabía muchas cosas que los hombres ignoraban y que contaba con poderes que los terrestres no poseían. Por ejemplo, podía volverse visible o invisible, según lo quisiera. Podía interpretar el lenguaje de todos, también de las mariposas o de las orquídeas. También el de las trompetas de los negros. Y el de los sordomudos. O el silencio de los indios. No se explicaba por qué los terrestres usaban telediscado en lugar de comunicarse a





través del pensamiento. O mejor, a través de las antenas del corazón. No comprendía por qué los hombres habían olvidado que el don de la palabra era el código que los conectaba con el cielo.

Pasó el otoño de la Tierra con sus lluvias y sus uvas doradas.

A Doriel le gustaban los seres humanos; le encantaban los distintos colores de su piel y lo enternecían las arrugas de los viejos. No quería ser invisible para ellos. Tampoco quería gozar de sus ventajas y conocimientos, en particular cuando se encontraba ante enfermos o ante alguien en silla de ruedas.

Cuando cruzaba caminos buscando "un alma con alas", como él decía, trataba de encoger la suya y disimularla todo lo que podía, para que los chicos lo dejasen acercarse a ellos. Quería hablarles, dialogar. Pero todos, blancos, negros o amarillos, lo herían con preguntas tontas:

—¿Eres el hermano siamés de algún pájaro-murciélago? —le decían.

—¿Por qué no te extirparon esa ala?

—¿Por qué no pruebas un trasplante con mono?

Y Doriel, con dulzura, explicaba:

—Mi ala es un enigma, lo sé. Pero busco la razón de este hecho. Busco mi otra ala. Yo sé que todos los seres que habitan el universo son criaturas de Dios y pienso que también los hombres deben tener un ala replegada hacia adentro.

Quizá a veces sientan sus latidos. Debe ser como un cosquilleo de semillas que pugnan por asomar los brotes hacia la superficie . . .

—¿Será como un pájaro que no logra romper el huevo? —preguntó una vez un indiecito.

—Creo que sí —Dijo Doriel—. Seguramente algunos han de percibir su temblor, su aleteo. Si los hombres reencontrasen las alas, recordarían también el alfabeto que permite comunicarse sin emitir la voz.

Los chicos reían, sin entender, creyéndolo loco. Nadie tenía interés en la amistad de un muchachito aparecido de repente, pobre, solo, de cuerpo perfecto y cara noble, pero muy raro con esa ala de pajarraco, escondida a medias, con esas plumas que despuntaban entre el cuello y la espalda. O ese extremo de cola que aparecía por debajo de la campera, como una cola grotesca. No. Era extraño y lo miraban de reojo. Además era demasiado capaz y eso provocaba sospechas y resentimiento, más aún porque Doriel no se aprovechaba de sus habilidades para sacar ventajas.

Le gustaba esquiar, nadar, jugar al fútbol, ir en bicicleta, galopar. Corría con una velocidad impresionante. Sin embargo, los jóvenes no lo admitían en sus equipos deportivos, porque eso de contar con un ala, no lo hacía ni hombre ni pájaro. Y ya que no creían que fuese un ángel, los molestaba que poseyera dones que ellos desconocían, como ser, adivinar todo lo que ocurría en el pensamiento de ellos. O entender cualquier computadora, como si fuese la cosa más simple del mundo. La mirada de Doriel era como una cámara reveladora.



Doriel se sentía cada vez más solo a pesar de la gran cantidad de gente tan diversa con la que trataba. Por las noches, recogido en sí mismo, casi cobijado debajo de su desdichada ala, anhelaba el cielo, los ángeles, o quizá la Belleza, el Amor.

Pensaba: he abandonado mi condición de ángel para igualarme con los hombres, pero ellos no me aceptan porque tengo un ala que los humanos no poseen. O que olvidaron. Y se repetía a sí mismo:

—Extraño no sé qué ausencia . . .

Entonces, soñaba con una infinita sinfonía de vuelos. Veía alas errantes en el espacio en pos de otras alas. Vagaban como vagan los que, perdidos en la oscuridad, orientan sus antenas hacia la luz.

A la mañana, al despertarse, reanudaba la marcha en busca de lo que él llamaba "mi otra ala".

Recorría enormes distancias con la asombrosa velocidad de sus pies que parecían alados. Y dejaba estupefactos a quienes lo veían sortear el laberinto de autopistas como si volara.

Pero Doriel no buscaba un lugar, sino "un ser con las alas hacia adentro". Buscaba una criatura, de cualquier color de piel, que se formulara los porqué de los simples y de los sabios; un ser capaz de decirle, por ejemplo:

—Doriel, ¿cómo saben contar los años las vetas de la madera? ¿Qué signifi-

ca el canto de las ballenas en las profundidades oceánicas? ¿Es un mensaje? ¿Adónde van los poemas que nadie lee?

En cambio, quienes lo veían le preguntaban:

—¿Eres un superbiónico?

—¿Llegaste en un Ovni?

—Si eres terrestre, ¿por qué no te haces extirpar esa ala?

Eran preguntas que lo hacían sentirse cada vez más solo.

Y esa ala incrustada en medio de la espalda era como una cruz, como un pájaro que reclamaba vuelo, como una antena que necesitaba conectarse con su torre de control. Y pensaba que sólo el Amor podría revelar los misterios que ángeles y hombres ignoran.

Pasó el invierno de la tierra con sus nieves, sus huracanes y sus árboles de Navidad. El aire traía esos hálitos de primavera que parecen brotar de otras auroras.

Una noche Doriel, recostado contra un árbol, percibió la vibración que "alguien" emitía a la distancia. ¿Procedería de alguna estación supersónica? No. Venía de "alguien" situado en la Tierra. Alguien que padecía, que añoraba algo, que se debatía en un dilema, que buscaba asidero en la misma frecuencia de onda que él.

¿Qué acorde musical los envolvía a través del silencio y la soledad?

Doriel descubrió así que su ala le permitía captar también las ondas que transmiten la soledad, las dudas, el pavor, la búsqueda de amor de los humanos. Y también esos interrogantes que ellos se hacen, los que nadie capta. Interrogantes que ellos se hacen, los que nadie capta. Interrogantes que se filtran de la memoria de otro pasado, de otra vida originada en un planeta más próximo al conocimiento de Dios y del Amor.

Recordó lo que una noche le había dicho una vieja india:

—Los humanos son un pueblo en tránsito; un pueblo de peregrinos que no saben cómo perdieron las alas y el timonel del cielo. Y se afanan: se van a la Luna, al espacio, para adelantarse al futuro. El ave que llevan adentro está más inquieta que nunca: presiente los peligros. Pero los hombres no saben escuchar ni a las aves, ni a la Madre Tierra.

Doriel pensó en las voces que se modulan en el silencio, cuando oyó nítidamente una pregunta que parecía emanar del aire:

—¿Por qué no puedo volar?

—¿Por qué no puedo ser ave?

El ángel se incorporó de un solo impulso, conmovido, y echó a andar en dirección a ese llamado, orientándose con la precisión del radar.

Marchaba por tierras de América tan llenas de esos vestigios que la convier-



ten en el documento más vivo y apasionante del enlace que existe entre la Tierra y el Cosmos.

Piedras, monumentos, volcanes, le revelaban el secreto de un pasado sorprendente. Lo hacían a través de una multitud de personajes ingrávidos que a cada paso surgían ante él. Marchaba de norte a sur. Pero ya no caminaba: corría, flotaba, atraído por esas señales en las que registraba sus propias pulsaciones.

Sentía una ansiedad llena de presagios, como ante las grandes revelaciones.

En su marcha atravesó pueblos y desiertos, ríos y sierras, islas y estrechos. Se deslizaba de canoa en canoa. Saltaba de árbol en árbol, de una antena de televisión a un campanario. En esos momentos prefería volverse invisible para que la gente no se alborotase, para que no creyeran que se trataba de un extraterrestre.

Se iba dirigiendo hacia la Cruz del Sur, porque desde allí partía la vibración de algún ser con "las alas hacia adentro".

Ya estaba ante la grandiosidad de la Cordillera cuando oyó el arrullo dulce y anhelante:

—Agua, agüita, ¿hay niñas ángeles?

Desde que Doriel había llegado a la Tierra, le había extrañado mucho que los seres humanos se dividiesen en hombres y en mujeres como en una competencia. Los ángeles sólo son seres angélicos. No están divididos por sexos. Son criaturas celestes. Viven en amor. Por qué los terrestres harían tanta diferencia?



Los círculos de luz del Ecuador oscurecieron su piel.
Los fenómenos de las profundidades marinas le recordaron que la Tierra es tan sólo una nota más en la sinfonía astral.

Anduvo por regiones cálidas. Descubrió ríos y selvas fabulosas, aves y flores cuya belleza quitaba la respiración. Entonces añoraba la compañía de otra alma. Su admiración ante la maravilla de algunas hojas era un canto de gratitud. En esos momentos no extrañaba el vuelo porque la belleza es un vuelo, como el canto, como el amor.

Luego, se fue adentrando en el espinazo de los Andes, hacia el corazón de América india. Cruzó cordones montañosos, selvas intrincadas, llanuras pobladas por indios, por negros, por blancos, siempre de norte a sur, siempre atraído por la voz entrañable que como señal magnética repetía:

—¿Cuál habrá sido mi nido?

—Agua, agüita, dime dónde estás.

A Doriel se le ocurrió pensar que las voces procedían de los extraños personajes difusos en la luz, que encontraba a cada paso presidiendo ríos, cerros, saltos de agua. Eran guerreros, princesas, reyes, niñas, ancianos que él, solamente él, lograba divisar. Eran hombres y mujeres adheridos a los árboles, a las flores, a las aves, a los insectos, a las piedras, como si fuesen los verdaderos señores del paisaje. Esos seres intangibles formaban inmensos arcoiris oscilando como otro cielo sobre el paisaje de América.

Experimentó la certeza viva de su presencia, si bien parecían nimbos de luz sobrevolando el continente. Ellos le narraron cómo se habían convertido en quetzal, en camoatí, en colibrí, en girasol, en orquídea, en ceibo, en palo borracho, en fuente de agua, en isondúes, en cactus, para salvar el suelo de América. O la libertad. O el amor.

—Siempre América tuvo pasión de alas —pensó Doriel. E instantáneamente oyó la voz:

—¿Qué pájaro hay en mí que quiere volar?

Doriel se apresuró. Casi volaba. Atravesó montañas de paredones pétreos, de un ocre intenso por donde se empinaban cardones gigantescos. Siguió avanzando por desfiladeros pedregosos por donde sólo se atrevían las llamas y las cabras de monte.

Ladeó algunos cerros con manchas de cultivos escalonados sobre las rocas y embocó el antiguo camino del Inca. Fue como atravesar el túnel del tiempo. Procedía rápido, si bien le era difícil sustraerse a la fascinación de esos personajes translúcidos que escoltaban piedras, plantas y animales saturando la atmósfera de fosforescencias.

Camino a Jujuy, lo deslumbró el Cerro de Siete Colores: algo escapado de alguna fantasía. Desde allí, alzó los ojos a la Puna, una meseta desértica, tan transparente, tan diáfana, que parecía irreal. Vio las salinas como inmensos cristales cabrilleando al sol.

Un poco más y se detuvo para admirar la Quebrada de Humahuaca. La explosión de colores lo atrapó. Lo emocionó la dulzura de las vicuñas. Y en el lamento de la quena aprendió, en un parpadeo, toda la historia, desde cuando América era niña y sabía el lenguaje de las estrellas, hasta cuando sobrevino el dolor del cautiverio, el largo inacabado cautiverio.

De repente, ante él se abrió un paisaje donde las montañas y los valles se acaracolaban multiplicándose como en un juego de espejos. La Rioja: una irrupción de tierras rojas y ocres. Intercambió saludos con los Gigantes Colorados, los fantásticos colosos de greda bermeja, petrificados, que se elevaban firmes en sus puestos de atalayas de mundos desconocidos; mundos tal vez ocultos en las profundidades de la tierra. Eran, como él, mensajeros.

Flotaba en la ansiedad, en la expectativa, atento al llamado que lo atraía desde el fondo del tiempo, cuando llegó ante un panorama embrujado. Era el reino de la piedra: tan desolado que hasta el algarrobo y los cardones habían desaparecido. Un paisaje sin vegetación alguna, calcinado por quien sabe qué arrebato de rayos. Un sol de fuego evaporaba la escasísima agua que los habitantes a duras penas juntaban para ellos y sus animales.

Estaba ante el Valle de la Luna, una región que se asemejaba a la plataforma para aeronaves espaciales. ¿Cómo podría sobrevivir la gente en ese lugar?

Cansado, atormentado por la sed, Doriel trepó hacia el pueblo que hubiérase dicho el más viejo de todos los pueblos de la Tierra: Ischigualasto. Un pueblo sobreviviente. Vio emerger del polvo unos ranchos miserables.



Siguió avanzando, como por sortilegio. Y siguió trepando, pese a la sed y al sol calcinante. Su ala comenzó a temblar y a moverse, ansiosa por volar, por desasirse de la ropa y de toda atadura.

Sintió lo que sienten los poetas y los sabios cuando están a punto de penetrar en la revelación de lo añorado. O un niño cuando al fin reencuentra a la madre: un impulso incontenible de abrir alas, de avanzar, de abrazar el infinito. Y acarició una cabrita, la que se destacaba inmóvil sobre una roca oteando algo insólito en el horizonte.

Súbitamente, en el cielo apareció una flotilla de platos voladores.

Doriel los miró: despedían una luz intensa e intermitente. Parecía que alguno de ellos —uno, por lo menos, rodeado por un gran alón de color amarillo— fuera a aterrizar en el Valle de la Luna. El ángel los miró sonriendo y tranquilizó a la cabrita, asustada. Sabía que continuarían su viaje de exploración hacia otros planetas.

Doriel sentía que las ondas secretas que lo atraían a Ischigualasto no procedían de aparatos de alta tecnología. Nada ni nadie podría inmovilizarlo o impedirle la ascensión hacia el centro de su sol.

Su ala se dirigía ahora, en línea recta, hacia un punto de Ischigualasto.

La flotilla de Ovnis desapareció al instante, como se desvanece una fantasía. En cambio, la pulsación del llamado alcanzó mayor voltaje.

Desaparecieron la sed y el cansancio.

Doriel sintió dentro de él como una explosión de astros y vio una aparición súbita y deslumbrante: el estremecido esplendor de un ala.

Un ala.

Un ala apareció de pronto ante él, como suspendida en el infinito desde siempre, como brotada de la tierra para ascender a lo alto. Miró intensamente, arrobado.

Con el corazón en tumulto, Doriel divisó a una criatura de trenzas negras que trepaba una loma, totalmente cubierta por un largo poncho desflecado. La envolvía una luz tenue, titilante.

Era una niña morena, delgada y un poco encogida sobre sí misma. Llevaba en la mano una varìta y con ella iba describiendo sobre la arena signos ininteligibles que componían las claves móviles de un alfabeto remoto, luminoso. La seguían una pocas cabritas, sedientas.

—Agua, agüita —decía la niña—. ¿Dónde estás que no afloras?

Doriel se detuvo como eclipsado por la luz de una nueva estrella y supo que esa prodigiosa criatura era Sigma, la rabdomante, la que poseía el don de detectar con su varita las vetas del agua aprisionada en las entrañas de la tierra. Y de inmediato, como si un cable lo conectara con la placa que registra la memoria de los seres, revivió la historia de Sigma como a través de una pantalla. Y fue como remontar el lento, doloroso peregrinaje de los humanos en busca de su derrotero.

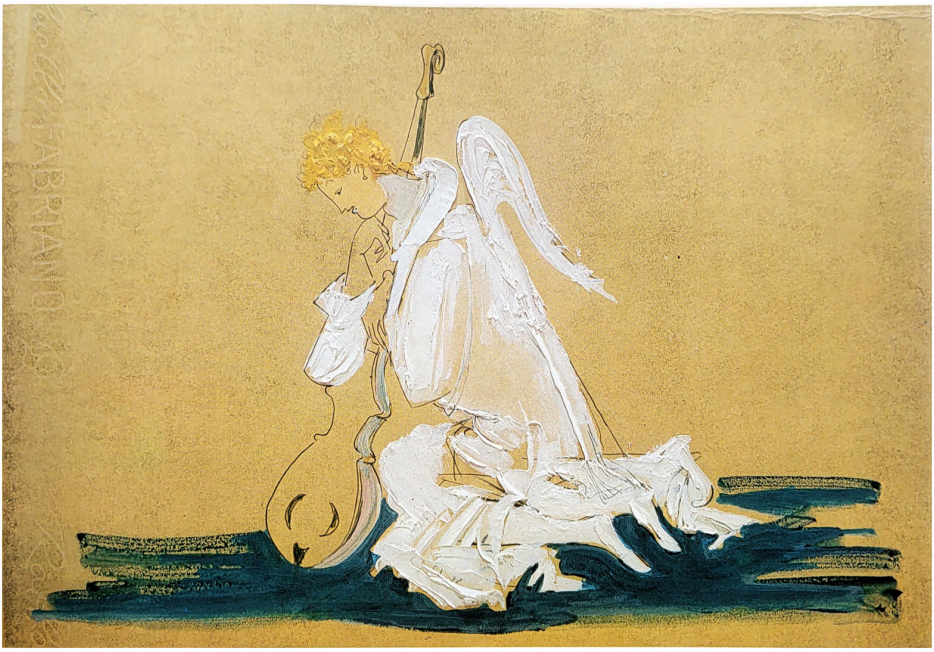
Su ala se agitaba cada vez más intrépida. Eran los latidos de quien alcanza el milagro y descubre su cielo.

Así vio Doriel la vida de Sigma.

Sigma había nacido en el Valle de la Luna, en un paraje polvoriento y reseco, un atardecer sin agua, después de la caída de un meteorito.

A poco de nacer, la madre, azorada por la extraña conformación de la criatura, comenzó a ocultarla de los ojos ajenos envolviéndola en trapos y mantitas. Se sentía avergonzada y casi culpable por haber dado a luz a una criatura tan inverosímil. Era una niña normal, de carita agraciada, pero en su cuerpo había una deformación, un fenómeno que la hacía mitad niña y mitad ave. A lo largo de su espina dorsal despuntaba un ala, un ala de pájaro desconocido, un ala suave, de colores cambiantes y muy sensible, casi con vida propia.

Durante mucho tiempo, la madre trató de esconder esa rareza cubriendo la espalda de Sigma con ponchos y chalinas. Cuando Sigma dio los primeros pasos, caminaba de a saltitos, de a brincos, como los pájaros, y moviendo los bracitos como si fueran alas. Y cuando comenzó a hablar, lo hizo imitando el piar de los pájaros y luego el cantar de los pájaros. La madre se desesperaba: la niña se comportaba como un pájaro y como un pájaro pretendía dormir entre las ramas de un árbol y construir nidos. Era inútil que la madre la castigara. Además, Sigma sabía todo lo que saben los pájaros: eso era lo más asombroso y desconcertante.



La madre tenía otros hijos, y como eran todos pequeños y la escuelita de Ischigualasto quedaba lejos del rancho, no la enviaron al colegio para aprender a leer y a escribir. ¿Para qué? La retuvieron en el paraje para cuidar de los más chicos y llevar las pocas cabras a algún bebedero.

Mientra era chica, Sigma era feliz: no se daba cuenta de que su anormalidad la haría sufrir, la marginaría del resto de la gente. Tampoco imaginaba que su alegre sabiduría de pájaro podría despertar resentimientos y crearle problemas.

Miraba el cielo, se desprendía de la ropa y corría sobre la arenisca desplegando su pequeña ala, imitando el vuelo y el canto de los pájaros. Se sentía distinta de los otros chicos. Tenía un ala y por eso quería aprender a volar. Pasaba las horas contemplando el vuelo y la vida de las aves, ansiosa por descubrir los secretos de su vuelo.

Sigma fue creciendo, un poco aislada de los demás y cada vez más bonita, con ese sol nocturno que le brillaba en los ojos. Pero con ella creció también su rarísima y bellísima ala. Los chicos del pueblo comenzaron a mofarse y a ponerle motes hirientes. La madre, angustiada, ya no sabía cómo disimular esa deformación. Cuando Sigma se encontraba sola, al aire libre, ensayaba una y otra vez el vuelo. Intentaba elevarse, pero no lo lograba. Sólo conseguía columpiarse en el aire, como si su cuerpo no tuviese peso.

Guardaba memoria de no se sabe qué milenios; interpretaba las claves del pasado grabadas en las piedras, en los fósiles, en las vetas de la madera. Sabía la hora sin mirar el reloj y nunca extraviaba el rumbo. Parecía tener el mapa



del cielo en la cabeza, como las golondrinas y las palomas mensajeras.

Pero todo era inútil. Le faltaba un ala.

A veces, se alejaba de Ischigualasto. Buscaba en los paisajes, en la tierra, en los árboles, una respuesta a su nostalgia de alas.

Los pájaros no huían ante su presencia y ella siempre se maravillaba de la sabiduría y belleza con que las aves inventan los distintos nidos. Y descubrió que ella también podía hacerlos, increíblemente iguales, empleando filamentos, greda, hojas y buscando el agua con fervor. También sabía entretejer las briznas más sutiles y coloridas y hacer encajes tan leves como alas de colibrí. Pero no servían: eran solamente bellos.

—¿Por qué haces cosas tan inútiles? —le reprochaba la madre.

—Porque tengo un ala de ave —contestaba Sigma.

—¡Nadie debe saber eso! —insistía la madre airada—. No ser igual a los otros es una vergüenza. Una desventaja. Esa ala te estropea la vida: te trastorna.

—Debe existir una razón para que yo haya nacido con un ala —se repetía Sigma. Y sentía que debajo de su ala oscilaban antenas que sabrían orientar su búsqueda o la razón de ese hecho.

Y un día en que con una varita en la mano buscaba tierra húmeda para un pequeño algarrobo, sus dedos fueron recorridos por un estremecimiento electrizante. Su ala parecía ramificarse en la varita para señalar un punto en la tierra

árida. Allí excavó con sus propias manos, hundió las uñas en el suelo reseco, más, más hondo y, al fin, vio manar el agua.

El hallazgo de ese nuevo poder que había en ella la hizo dichosa. Podía indicar el sitio en el que los hombres excavarían pozos y zanjas y extraerían el agua para sus cultivos. Le bastaba con tener en sus manos una varita y tantear el suelo.

Muchos de los que poseían tierras, pretendían que ella hiciera brotar el agua en los sitios donde a ellos les convenía, como si ella fuese una bruja y no un ser capaz de detectar, por infalible instinto, las napas del agua subterránea.

Al fin, la creyeron loca. Loca por tener un ala de pájaro; loca por hacer nidos en lugares inalcanzables; loca por hilar encajes como alas de colibrí; loca por pretender volar; loca por decir que en sus visiones aparecían estrellas gemelas; loca por descubrir el agua; loca por grabar sobre la arena claves tan indescifrables como la escritura de los cielos.

Sigma no sufría por esa ala de pájaro que estropeaba su airoso cuerpo, sino por ese algo inexplicable que la hacía distinta de los demás. Y por la aprensión que causaban su dones y el rechazo que provocaba su ala. Pero era justamente por su ala que poseía el sentido de orientación; que descubría las napas del agua subterránea; que guardaba memoria de generaciones remotas y grababa sobre la arena signos como anuncios.

Doriel, inmóvil en el círculo de luz que Sigma irradiaba, seguía contemplándola.

En ese instante la niña, urgida por la repentina perturbación de su ala, se inclinó sobre la arenisca para grabar, al fin, las preguntas largamente arrulladas.

—¿De dónde viene mi ala?

—¿Por qué no puedo volar?

Destellos irisados surgieron de cada trazo, como si cada signo fuese un átomo de energía solar y la escritura comenzó a danzar en rondas luminosas.

Sigma sintió un incontenible estremecimiento en su ala: un campanilleo interior.

Levantó los ojos y lo vio.

Se deslumbró como ante la aparición de una estrella doble o de un astro gemelo. Ante ella, se abrió el infinito. Ella también, por el vuelco del corazón, supo de dónde venía él y sintió que sus visiones de galaxias y de seres alados eran reminiscencias de olvidados paraísos.

Se acercaron uno hacia el otro con los brazos abiertos.

—Doriel —dijo ella—. Mi ala.

—Sigma —dijo él—. Mi ala.

Tomados de las manos, corrieron sobre las rocas con tanto júbilo que sintieron que podían volar y vencer toda oscuridad.



Rápidamente, ella se deshizo del poncho y él de la campera. Y sus alas resplandecieron, trémulas primero, magníficas después. Se enlazaron de la cintura y las desplegaron. Eran idénticas. Eran las mismísimas, bellísimas alas. Comenzaron a ascender sobre el Valle de la Luna. Sus alas despedían idénticos fulgores.

—Doriel, mi ala —dijo Sigma—. Dime: ¿de qué está hecho Dios?

—Tal vez sea un ala en el espacio . . . —sonrió Doriel—. Ahora podremos saberlo.

Sigma y Doriel, unidos, volaron hacia lo alto.

Unos chicos que trepaban por la hondonada, los vieron pasar, enlazados, como un solo resplandor y una sola visión.

Y vieron también aparecer en lo alto del horizonte seres alados e incandescentes que giraban alrededor de ellos como una espiral de astros. Luego, una nube de polvo espacial ocultó la visión.

En el lugar donde Sigma había grabado su pregunta, brotaba una pequeña vertiente de agua, como un ojo iridiscente, como el reflejo de la pupila de Dios.

La gente de Ischigualasto no sabe si Doriel y Sigma volaron a la estratósfera o si se ocultan en la Tierra; si son humanos o extraterrestres. Lo cierto es que ellos emiten luces de orientación a todos los que nacen distintos, con alas

hacia adentro, y cuyo desvelo nadie comprende. Los seres con amor de alas saben que Doriel y Sigma se comunican, por cables solares, con todos aquellos que se preguntan:

—¿Por qué guardamos oculta un ala y no volamos?

—¿De qué está hecho Dios?

"Porque es esto lo que quiero decir:
no hay principio ni fin ni tiempo alguno,
sólo el alma extrañada en busca de su centro
construye y fija el universo".

Dora Fornaciari

INDICE DE OBRAS

Página

13 Perfil de Doriel
15 Doriel trepado en el árbol
19 Cabeza de Doriel llorando
21 Novia con luna
25 Doriel con instrumentos
26 Cabeza de Sigma
29 Angel femenino
33 Unión de alas
35 Los pájaros
39 Sigma con poncho
43 Doriel con violoncello
45 Doriel con espiga en la mano
49 Doriel con caracol